

Soren Kierkegaard decía que la metáfora, en sentido amplio, «se basa en una analogía que señala semejanza entre cosas distintas».

Para él es una forma superior, eminente, compleja de conocimiento, que se aleja de lo simple y usual.

En la *Poética* Aristóteles define la metáfora en el contexto de la elocución en la tragedia y destaca su importancia:

«Lo más importante en la elocución es dominar la metáfora. Es lo único que no se puede tomar de otro, indicio de talento, pues hacer buenas metáforas es percibir semejanzas».

El uso de la metáfora es entonces indicio de ingenio, lucidez, penetración personal de lo real. Hablando en plata: la metáfora manifiesta la subjetividad, que es lo único que debe preocuparle al escritor tanto en poesía como en prosa. Si el escritor escribe pensando en el «nosotros», lo más probable es que la cague (esto, hablando en cobre).

La misión del escritor es comunicar lo incomunicable, exteriorizar la interioridad, relacionar su singularidad con un lector atento a su temperamento, sus inflexiones, su argumento y su trama, sus tretas: un lector modelo.

«Dame algo bueno, en la forma en la que te sientas más cómodo de acuerdo con tu propio temperamento para que intente entenderte»; ese es el lector modelo, por ejemplo, de Guy de Maupassant.

Dice Kierkegaard en *La enfermedad mortal* y en *Diario de un seductor* que:

«En el lenguaje metafórico el poeta conduce al interlocutor a una experiencia originaria, a la presencia de un contenido experiencial, y por este motivo es capaz de comunicar un conocimiento esencial. La expresión metafórica comprende la imaginación y la razón, lo sensible y lo inteligible, lo universal y lo particular, lo abstracto y lo concreto. En definitiva, la metáfora indica un todo. Sin embargo, no se trata de un todo estático, cosificado, sino de un todo dinámico, en movimiento».

Para Sören Kierkegaard la metáfora es un esquema lingüístico vivo, algo que responde a las motivaciones de su creador sin más complicaciones: si el creador tiene dificultades y emplea metáforas cliché como «es un calavera», «esos sí que saben lo que hay», «aún me queda una bala en la recámara», etc., la metáfora nace muerta y el lector no se sorprende, se acomoda a ella o la rechaza agresivamente, como hace Holden Caulfield con el teatro de opereta o la literatura para películas (los guiones de cine hollywoodiense).

Como siempre me dicen que mis digresiones acaban en el enramado de un cocotero, un poco como las de Holden Caulfield, acabo ya con el señor Kierkegaard.

Un poco a la manera de Umberto Eco, resalta también:

«Existe un estadio del lenguaje que es imposible desentrañar, es algo inefable y tiene que ver con esa expresión del narrador en su estadio de máxima concentración. El que intenta llegar a ella contando las partes del todo analíticamente, fracasa». Dicho queda.

Durante muchas décadas se ha malinterpretado a Jerome David Salinger. Hasta el punto de que el FBI tiene marcados sus libros en las bibliotecas públicas (si en España se va a pedir un euro dentro de poco por cada libro prestado en una biblioteca, no sé cuánto se pedirá en USA; cada vez es menor el riesgo de que se frecuente un lugar de lectura) y una lucecita se activa en el J. Edgar Hoover de Columbia cada vez que un potencial Charles Manson, Harvey Oswald o Mark David Chapman lee el gran libro de Salinger.

Aparte de las mentiras que envuelven las prácticas coercitivas contra la libertad de pensamiento en cualquier país mal llamado «democrático», ¿hay algo más en este libro?

Claro que sí.

Puede parecer exagerado un paralelismo entre Sócrates y Holden Caulfield, pero existe cierta relación entre las dos figuras. Sócrates no puede callarse, Holden no puede dejar de gritar. Sócrates, como buena mosca cojonera que es, incomoda a sus detractores, a sus seguidores, a sus alumnos y, finalmente, a los jueces y jurados que dictaminan su sentencia fatal. Holden Caulfield incomoda a sus padres, a sus profesores, a sus compañeros (todos ellos enemigos que le caen fatal), a las chicas que le gustan y a las que no.

Su padre y el señor Antolini le previenen del final que le espera, pero prefiere seguir incomodando.

Sócrates es consciente de lo que es y de lo que el resto de la sociedad le considera: un agitador del que hay que deshacerse. Holden aún no es consciente de lo que es, pero Sallinger nos pide como lectores que hagamos el esfuerzo que el joven no puede hacer aún y completemos su destino. ¿Cuál es el destino de Holden Caulfield?

No me refiero al destino que se deja ver en el libro, sino a la potencial historia posterior, al Holden Caulfield ya liberado de las absurdas responsabilidades morales con las que toda la sociedad, hasta su deliciosa hermana con su cariño honesto, pretende ahogar su sensibilidad.

Porque *El guardián entre el centeno* es un libro de sensibilidades y como todo gran libro de sensibilidades selecciona lectores. Holden Caulfield tiene trece años y vive solo un fin de semana dentro del libro; en ese fin de semana ha conseguido que lo expulsen por tercera vez de un colegio de pago lleno de «falsos, hipócritas, lameculos, de verdad ¿eh? Se lo digo de verdad», se ha dado cuenta de que nadie le cae bien, salvo su hermana Phoebe, se acuerda de su hermano D. B. que está en Hollywood y ya le vemos opinando de literatura cuando sus dos compañeros («un pelmazo y un guaperas falso y clasista») le dejan el primer rato a solas:

«Soy un completo analfabeto, pero leo muchísimo. Mi autor preferido es D.B. y luego Ring Lardner. Los autores que me gustan son esos con los que podrías hablar un día. Me gustan los libros de Isak Dinesen, pero no creo que me gustara hablar. Sin embargo sí hablaría con Thomas Hardy, esa protagonista suya Eustacia Vye me encanta».

Más adelante, Holden confiesa:

«Si hay un personaje que me tira ese es Jay Gatsby. ¡Qué tío ese Gatsby! ¡Cómo controla!».

D. B. es su hermano que escribe en Hollywood «desperdiciando» su talento a juicio de Holden. Hay quien dice que D. B. es el Seymour Glass que se levanta la tapa de los sesos en *Un día perfecto para el pez plátano* del libro *Nueve cuentos*. Imposible saberlo, aunque el hecho de que tengan nombres y apellidos distintos, provengan de otra época y en esencia no tengan

nada que ver, hace que te inclines a fijarte en la información que te da Salinger en lugar de especular, como que el chico tiene restos veteados en la sien de numerosas canas (pronto nos enteramos de que su hermano pequeño Allie falleció) y que tiene un sentido del humor perenne, que no oculta su soledad.

La referencia a Jay Gatsby es clave para empezar a entender este libro, porque la esencia mafiosa y trepa del personaje es de las que impresionan a un adolescente (si Holden tuviera algún interés por el cine ¿qué diría de *El padrino?*), pero las técnicas empleadas por Francis Scott Fitzgerald están en ese libro precisamente para confiar y engañar al lector, que va a pasar por alto las dimensiones arrolladas y se va a quedar con el mundo de lujo y frivolidad, con el círculo de ricachones que se cierra cuando el nuevo rico quiere entrar en él.

¿Qué nos está diciendo Salinger? Que Holden Caulfield es el tipo inmaduro para la literatura y para la vida (suelen diferenciarse, afortunadamente) que a pesar de su arrogancia, sus desternillantes salidas y su sensibilidad, aún no es consciente de algo de lo que el lector del libro sí debería ser consciente.

Su camino es el adecuado, aunque para todos los demás, incluida su hermanita, este joven que quiere erguirse al borde del abismo sujetando a los chicos que juegan entre el centeno para que no caigan (es decir, quiere luchar para que conserven intacta su ingenuidad infantil imprescindible para crear), ingerirá la cicuta socrática.

Holden grita de madrugada sobre las escaleras de Pencey cuando abandona el colegio: «¡Que durmáis bien, tarados!», para despertar a todos mientras resbala con una cáscara que algún «tarado» ha arrojado al suelo. Y no es una broma, aunque Holden nos arranque carcajadas. Todos los chicos de ese colegio se comportan como adultos, ninguno fantasea, ni siquiera piensan en el sexo como en algo divertido y placentero sino como un símbolo de estatus.

Efectivamente están ya muy dormidos y ningún ruido les despertará. Holden tiene dos momentos hilarantes en dos taxis recorriendo las calles de Nueva York.

En el primero, topa con un adoquín malhumorado. En el segundo solo con un adoquín. A los dos les hace saber su interés por lo que hacen los patos en invierno. ¿Por qué le interesa tanto lo que hacen los patos cuando se hiela el lago?, se preguntan los dos taxistas y el lector (y el FBI). Tal y como lo plantea Salinger habría que preguntarse más bien por qué no le interesa a un ser humano esto y sí matarse a trabajar para otro, pisar

a los demás o conocer a famosetes, porque son las actitudes que vemos (verosíblemente narradas) a lo largo de todo el libro.

Sin curiosidad, la vida que le esperaba a Caulfield es la del taxista: airada y solitaria; con curiosidad, la vida que le espera será distinta, pero también solitaria.

Esto es lo que el chico empieza a intuir cuando se queda en la pensión. No puede integrarse en ningún ámbito, no puede tomarse nada en serio, porque el mundo así construido es absurdo y obliga a las personas a ser absurdas y a machacar a los que se dan cuenta de ello.

Pronto un chulo le machaca las costillas después de que le dedique su epíteto favorito: «¡Tarado!». Holden aprende en sus carnes que aunque los idiotas sin empatía suelen comportarse como idiotas sin empatía, recordárselo es peligroso.

Hay una enorme diferencia, además, entre la sensibilidad del escritor (o del artista) y los intelectuales que se le aparecen a Holden, desde Sally hasta el señor Antolini, que también son unos tarados para Holden (el único adulto que dice cosas sensatas y respetuosas con su libertad de pensar es el señor Antolini, amigo de sus padres, que después intenta abusar de él).

«Pensé en llamar a Sally Hayes. No es que me volviera loco, pero la conocía hacía años. Antes yo era tan tonto que la consideraba inteligente porque sabía bastante de literatura y de teatro, y cuando alguien sabe de esas cosas cuesta mucho trabajo averiguar si es estúpido o no. En el caso de Sally me llevó años enteros. Creo que lo hubiera sabido mucho antes si no hubiéramos pasado tanto tiempo. Lo malo que yo tengo es que siempre tengo que pensar que la chica a la que estoy besando es inteligente, no puedo evitarlo, de verdad, no hay manera».

Por supuesto Holden acaba declarándose a ella y pidiéndole matrimonio con trece años, cuando le repugna su «falsedad». Como él mismo reconoce: «No puedo parar».

Antes de volver a casa para ingerir su cicuta nos habla de su hermano D. B. Estuvo en el desembarco de Normandía y Holden recuerda que cuando volvió se pasaba el día entero tumbado bocarriba en su cama: «D. B. decía que había tantos cabrones en el ejército aliado como en el ejército nazi y Alley le preguntaba si no le venía bien esa experiencia como escritor. D. B. le decía que fuera a por el guante de béisbol y le respondía que quién escribía mejores poemas bélicos, si Rupert Brooke o Emily Dickinson».

Brooke fue un poeta que idealizó las contiendas bélicas (y que al parecer las frecuentó tan poco como la Dickinson). La eterna confianza del mal lector (en este caso Alley y los que le dan la razón) en que solo se puede escribir de lo que se experimenta recibe un severo bofetón aquí. Pero no va a ser el único. La agudeza del protagonista a sus trece años pasa desapercibida a todos los adultos, que solo ven que se malogra para una sociedad en esencia productiva.

¿Qué clase de mundo es un mundo en el que los más experimentados se comportan como «tarados»?

Después, ya como un polizón ilegal en el camarote de su hermana, le explica por qué ha forzado su expulsión del colegio:

«Un tío de cincuenta años llamó a la puerta de nuestra habitación y nos preguntó si podía pasar al baño. Quería ver si todavía estaban ahí sus iniciales en la puerta de uno de los retretes. Las había grabado hacía como veinte años y quería ver si seguían allí. Nos dijo veinte veces que los días más felices de su vida los había pasado en Pencey y no dejó de darnos consejos para el futuro. No es que fuera mala persona, de verdad, pero cómo nos deprimió. Pero es que no hace falta ser mala persona para destrozarle a uno. No tienes más que darle un montón de consejos mientras buscas tus iniciales en la puerta de un retrete, de verdad. Phoebe, no puedo explicártelo, no lo aguantaba más, pero no puedo explicarte por qué».

Holden no puede, pero nosotros como lectores debemos: cuando los adultos se niegan a ver que lo considerado como racional es absurdo, obligan a los niños a comportarse como adultos, que es la situación de todos sus compañeros en el colegio. Por eso escapa, porque teme contaminarse de la insensibilidad y la mediocridad. Por eso exagera su ingenio, su orgullo y a veces su pedantería, porque está determinado, aunque aún no lo sabe y a veces se reprocha su comportamiento, a ingerir la cicuta.

Por eso le repatea que todos estos infelices le digan sistemáticamente lo que tiene que hacer con su vida. Como dijo Wilde: «Solo hay algo más grotesco que alguien que va pidiendo consejo sobre lo que tiene que hacer con su vida, y es alguien que va dándolo sin que se lo pidan».

Las últimas páginas del libro son un prodigio de narración encriptada. Holden defendiendo como puede su actitud (la sensibilidad y la creatividad), su hermana Phoebe recordándole en qué mundo vive («papá te va a matar») unas dieciséis veces.

La vida y el arte, el cariño y el miedo, la admiración y el temor al futuro abrazándose y rechazándose durante páginas memorables que finalizan en un crescendo abierto a la imaginación del lector: ¿adónde va Holden Caulfield? ¿Quién es? ¿Por qué se le dedica un libro entero?

H.C. es H.B. sin irse a Hollywood. H.C. es el que se quedará en el mundo mediocre y corrupto de los adultos, vigilando la curiosidad y la ingenuidad desde el abismo.

Holden Caulfield es la metáfora viva y dinámica que reclama Kierkegaard, el lugar donde se manifiestan la íntima subjetividad del autor, la prosa y la poesía de Salinger.

El guardián entre el centeno no es más que la explicación de por qué un escritor acaba siendo escritor. Así de simple, así de complejo; y así de tergiversado tantas veces. *De verdad.*

RUBÉN MUÑOZ HERRANZ



Narrativa y gramática on line
www.electrobardo.com



Valler de narrativa
El Electrobardo